



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## DOCUMENTO 8

### Unos paisajes

Este documento contiene tres textos extraídos, los dos primeros, de *Crónicas de mi destierro* y, el tercero, de *La sombra del caudillo*, ambas obras de Martín Luis Guzmán. Estos textos, muestran el deleite del autor al contemplar la naturaleza en consonancia con las obras del hombre y la destreza que tiene para describirlos a través de la letra impresa.

## Unos paisajes

### De París a Burdeos\*

Temprano amanecer que deja en el cronista la sensación rara del desmañado. Hermoso día de abril; horas color rosa. Corre el tranvía por entre perezosa nube de brumas tenues y da de pronto contra la atmósfera, aún en sosiego, de los muelles: desde la plataforma, alegría trabajadora del río.

Salida de la gare D'Orsay a las 8.8 a.m. (¿En el orden de las comunicaciones ha inventado el hombre nada —industrialmente— más eficaz ni más grandioso que el ferrocarril?) Largos túneles que se truecan luego en luz natural y, a poco, en los andenes y ámbitos de la estación de Austerlitz. Escenas todavía parisienses y ya a punto de no serlo. Los altavoces lanzan su verbo licuante, una vez hacia acá —“Direc pour Bordeaux, Tarbes, Dax, Arcachon... En voiture!”—, y otra vez hacia allá. Plena luz; amplias superficies cubiertas de vías: las chimeneas humean y se alargan; se empujan los cobertizos de las fábricas. Viaducto y tren elevado. A la derecha, la niebla se hermana con el humo; a la izquierda, el sol: sol sin rayos, sol disco de plata, sol bola de azogue refulgente, accesible al ojo. Y se entrena la carrera.

Pasan los terrenos de dislocaciones cubistas con que se despiden o saludan las grandes ciudades: inarmonía de la señal y el riel, tajos, alcantarillas, saltos, senderos. Se aquieta la vista: campos de tenis, campos de fútbol. En el fondo, entre bosquecillos de follaje aún ralo, espejo de agua pendiente de la niebla, plateada y lechosa. Trigales, barreras, cabañas. Graciosas casitas de los pueblos de la *banlieue*.

Alegría de contemplar esta dulce tierra de Francia, con su suelo fértil, sus ríos, sus arroyos, sus bosques, sus jardines, sus alcores, sus lugarcitos rientes y prósperos, ajenos al mecanismo y la estridencia. Por la ventanilla, sol de primavera, que calienta y no quema. En parejas, o en grupos de tres, los huertanos van trabajando amorosamente la tierra: las azadas brillan más que pesan.

\* En *Crónicas de mi destierro* (1964).

Desvíos con hileras de furgones en reposo: plataformas de gigantes cubas gemelas para el transporte del vino. La yerba, la maleza, los arbustos, los sembrados llegan hasta el borde de la vía férrea. Hay en la campiña, de leve ondulación, interminable juego de verdes: el tierno, el oscuro, el blanquecino. *Boy-scouts*. En el macizo de los boscajes se abren de súbito largos callejones y, al paso del tren, se columbra la aparición fugaz del *chateau* en la placidez del claro. Magníficas carreteras bordeadas de árboles, y de piso brillante. Mezclados, labran el campo yuntas de bueyes, caballos y tractores. Más anuncios de Félix Potin. En cada casita un huerto en miniatura. Estación: Étampes.

Azul celeste auténtico: tenue, plateado. Pasajero enemigo del sol que corre la cortina del asiento próximo. Protesta del interesado inmediato. Disputa. Paz. Tierras de labor más y más amplias; trigo y cebada más crecidos. Inmensa quietud —pero vivificadora, jocunda, de labor plena, de obra realizada, de cosecha segura— en la *extensa amplitud de los campos verdes*. Por horizonte, en la obra plateada de la bruma, la oscura silueta de los caseríos, de las filas de árboles, de las teorías lentas de caballos percherones que la distancia agranda. Prodigio de luz, de armonía de colores: el moreno de la tierra recién volteada, el verde nuevo, el ópalo rutilante de la niebla sutil, el blanco azulino, el azul, y, del otro lado, el contraste por falta de la contraluz: menos brillo, más líneas, más detalles. La vía férrea y la carretera, aquí como siempre, dividen el paisaje en mitades esenciales.

Rayado de los alambres del telégrafo en el papel del cielo. Cruce de trenes. Árboles como enormes ciempiés erectos. El hombre hace el hoyo con la azada y la mujer va echando las semillas que toma del seno de su delantal, recogido por ambas puntas. Castaños y almendros en flor. Chozás de guardavías con el añejo pedacito de tierra sembrado y aderezado cuidadosamente. Flores; árboles frutales. Conversaciones ociosas del pasillo; vibrar del tren; choques de las ruedas contra los rieles. Patio. Vías. Señales. 10.10 a.m. Les Aubrais.

Voz quejumbrosa que invita a los pasajeros a subir a los vagones. Voz cansada de la vendedora de agua, de bocadillos, de periódicos, de libros.

De cuando en cuando, pequeños ejércitos de estacas, avanzadas de viñedos. Al pie de los palos, las cepas sarmentosas abren sus vástagos negros. Por momentos los campos de estacas se tornan infinitos, como los cementerios de la Gran Guerra. Cascadas de techumbres y chimeneas. Las pizarras brillan al sol.

Campanilla. “Primera serie.” Zangoloteo, congestión de los pasillos. Cortinas y guardabrisas rojos del vagón restaurante. Rábanos; mantequilla; jamón; mortadela. Señor que echa vaho en su cuchara y la frota luego con la servilleta. “Bourgogne Superieur.” Señora que unta su gran rebanada de pan, y luego, el cuchillo en una mano, la rebanada en la otra, va cortando con esmero

pedazos que se lleva a la boca con la mano con que sujeta el cuchillo. (Mientras más delicadamente hace esto un francés, más primigenios son sus modales.) Blois. "Oeuftpochés a l'indienne." Hay un señor que silba cada vez que se lleva un bocado a los labios. "Carré de vean Dubarry." Desde la ventanilla, hermosos caballos cuyas colleras, de remate ingente, dan a su cuello trazo de crin erizada y frondosa. Queso Port-Salut. Rico sabor con la acritud levemente amarga del borgoña. Calor. Pastel de albaricoques. Paisajes menos frescos, casi calcinados. Fin del "Bourgogne Superieur." Naranja. Estación de Limaray. Café. Álamos; chopos; verdura alegre; vacas ubérrimas. Sembradíos. Fresnos a cuya sombra descansan grupos de campesinos. Cañada; acequias; arcaduces. Alfombras amarillas de flor de ranúnculo. Estación de Chateletault. Callecitas rectas; casitas blancas; muchachas de mirar melancólico que salen a ver desde sus balcones el paso del tren.

Río. Vegetación exuberante. Canales. Rocas. Quintas. Caserío sobre el alto peñón; canoas entre los árboles, cuyas raíces se hunden en el agua. Poitiers: "Cinco minutos de espera." Pregón ininteligible de los empleados de la estación. Puesto de libros: *Le Barage*, de Henri Bordeaux; *La Grande Capricieuse*, de Charles-Herni Hirsch; *L'amor à la parisienne*, de Clement Vautel. Carreteras. Voces. "En voiture!"

Ahora los verdes de la campiña se hacen más adultos, más sólidos, más profundos: las casas más claras, más blancas. Hay heredades divididas por cercas de piedra; mujeres, con sombrero de palma, que lavan a orillas de los ríos. Siete horas, a setenta kilómetros, y ningún sitio árido o inculto: tierra toda fértil y en contacto estrecho con el hombre. Las corrientes de agua y los caminos son adornos del suelo; los puentes y los árboles, adorno de carreteras y ríos. Jumentos. Manzanos en flor. Fresnos que barren el cielo con su escobajo fino y ancho. 2 p.m.; estación de Saint-Saviol. Grupo de casas del pueblecito; cedros. En el fondo, tiestos en unas ventanas y arriba un letrero. "Caja Nacional de Ahorros". Magnolias, adelfos, laureles, rosales.

Angulema. Por primera vez el auditor. Admirable campo casi sin aliño. En ninguna parte como aquí se aprecia el valor estético del grupo: grupos de tres o cuatro chopos forman, con sus bohordos centrales y su follaje en espiga, todo un paisaje. A lo lejos, las filas de ellos juegan a las rectas, entre el torcerse de los caños, claros y rumorosos, y el quieto pacer del ganado. A veces, con sus sombras o con sus imágenes, hacen puentes paralelos sobre las acequias.

Listón blanco mate del camino de autos que corta el verde raso del campo, como la banda la blusa del *jockey*. Aromas resinosos. Cedros, pinos, abetos. Siembras separadas por setos de vid. Anuncio de viñedos. Bosques. Jornaleros de tipo español. Estación de Coutras. Estación de Libourne. Sube al departamento una mujer digna del Giorgione. Se aleja Coutras. Viñedos. El Giorgione, por supuesto, tiene el pelo largo, el rostro sin brizna de afeites. Hay, sin

embargo, inquietante mostrar de rodillas —bella la pierna, bello el pie, como la mano, como el talle, como el rostro— y cínico fingimiento de pudor. Pueblecito que casi es de España. Viñedos. Entre los boscajes, *chateaux*. Casitas con torreones de chapiteles altos, pavonados. Hileras de sarmientos hasta perderse de vista. Labradoras tan ennegrecidas y astrosas que se confunden con los espantajos. Naturaleza en plena floración: brotan las tijeretas de los sarmientos y empiezan a atesorar los dorados juegos del sol. Los viñedos se hacen frecuentes: apuntan los pámpanos de verde tierno. Viñedos extensos y continuos: viñedos tupidos. *Chateaux*. Brazos de grúas inclinado en la lontananza. Chimeneas de grandes buques. Negrear de las viñas; refulgir del río, ancho bajo los rayos solares de las cinco de la tarde. Barcos de vela dóciles a la brisa. Puestos de feria. Túneles. El río al alcance de la mano. Cobertizos, fábricas, grúas monstruosas, humo. Barracas; polvo. Cruce de calles: autos, tranvías, carretas. Agujas de dos torres. “Té Lipton”, “Liqueur Combier”, “Le Roi du Coautchouc”. Agitación de pasajeros; trajinar de maletas. Polvos de arroz; carmín. Llanto de niños. Cúpula bizantina, aovada, de un aovado en tormento. Postes de señales. Alto. Espera. Paso sobre el cajón metálico tendido sobre el río. A la derecha, la magnífica senoide de las arcadas del puente. Señales azules, amarillas, rojas. 5 p.m.: “*Bordeaux*”.

Burdeos, abril de 1927.

### Viaje a Roncesvalles\*

Hendaya. Acariciador escenario del país pirenaico; cielo transparente y profundo, montañas verdes, mar azul. Movidado por un espejismo, el cronista veraneante salta al autocar y piensa que si fue placer de antes contemplar paisajes y panoramas, placer de hoy es devorarlos. Cristales parabrisas frente a cada fila de tres asientos; comodidad de butacas; sitio especial para el *kodak* y la guía; otros pequeños detalles de turismo de gran kilometraje.

Sonrisa del chofer al cerrar la portezuela. Falsos escapes del motor. Embrague con desgarramiento ríspido del piñón de la primera velocidad, que entra en presa. Cae sobre los pasajeros, desde el volante, la mirada cuidadosa y preventiva del que lleva la responsabilidad. Arranque, Rodar. Correr.

\* En *Crónicas de mi destierro* (1964).

A la diestra el mudo reproche de Fuenterrabía, quieta al sol, suma la mole del Jaizquibel. Desde el otro lado del río, doble hilera de árboles que corre también. Behobie: aduaneros y gendarmes fiscales franceses. Puente sobre el Bidasoa frente a la gracia diminuta de la Isla de los Faisanes. Behovia: carabineros, guardias civiles, funcionarios españoles.

Entrada del valle. Presencia mitológica del río. Bruma, nubes; juego de cimas verdes, de cimas azuladas, de nubarrones grises.

Cada cincuenta metros un carabinero: los montes que quiebran la otra banda son tierra de Francia. En el cauce, plantíos de maíz, evocación de México. Álamos, robles, chopos, acacias. Hundirse de las cimas distantes; ingente crecer de las cercanas. La cinta del camino hace curvas y zigzags a derecha e izquierda. Del tono gris mañanero la hoja del álamo hace plata. Molinos; carretas; boyeras morenas y rubias.

Vigor supremo de lo geológico: desfiladero. A espaldas del cronista las alturas se embozan en su manto azul. Mutuo ignorarse, egoísta y estúpido, de viajeros instalados en asientos contiguos. (¡Ah, la sabia fraternidad de los humildes, que convidan de su vino y su pan!) Masa negruzca de la Rhune: cabañera de nubes. Elocuencia del pequeño cementerio en las voces paralelas, estáticas, de los cipreses. Vera de Bidasoa: su iglesia maciza, sus casitas en cascada. Sorpresa ante el paisaje que una vuelta del camino invierte.

La montaña se abre en perfume: álamos blancos y álamos negros: robledos, pinedas, castañares. Brillo de cromo de la pareja de la Guardia Civil, que se parte en sendas actitudes a ambos lados del camino. En el túnel de verdura la carretera es gusano que se encoge. Fusión íntima del perfume de la montaña con el paisaje de valles y alturas. Planta hidroeléctrica. Cabaña del peón caminero: la carretera continúa intachable.

Lejano aborregarse, en verde, de los montes cubiertos de arbustos. Saltar del río en lo hondo de la garganta. Avanzan y crecen los nubarrones de cumbre a cumbre. Brotan y desaparecen en el seno del bosque las casitas blancas de ventanas verdes. La hoja del castaño se humilla para que el erizo del fruto entone su himno. Abajo, la vía férrea, entre los maizales, juega al escondite con el río.

Sumbilla: su puente de tres luces, su frontón, su iglesia, su graciosas callejas sonoras de mozas y mozos rubios y prósperos. Cumbres del Escaitza: pedregosas, peladas. Gris: gris del cielo, gris del paisaje. Santesteban. Rebaños. Pastores de alpargatas blancas, pantalón azul, boina negra y cayado alto. Se ensancha el valle; se aplanan las montañas. Aduar de gitanería: mugre lustrosa, vestir colorido, ringorrangos.

Narvarte. La casa vasca: grande, cuadrada; con tejado a dos aguas, con ventanas chatas bajo la galería del tercer piso. Nuevo estrecharse del valle. Campos labrantíos en los recuestos de los cerros. Cantar del labrador tras la yunta de bueyes. En largas llamas oscuras, los chopos arden contra el verde tierno de las siembras y su flamear leve torna dinámico el cuadro de la casita blanca. Los setos vivos trazan su rompe-y-rasga en los declives fronteros.

Rugir alterno de velocidades que jadean: cuestas empinadas. Atrás, la perspectiva se expande en oleaje de cimas negruzcas, insensibles al amoroso vellón con que el viento las barre. Frescor de la altura; zumbidos de orejas; crepitar de los tímpanos. Claxon. Humedad palpable en la entraña de la nube. Claxon. Curvas Claxon. Precipicio. Cielo de bruma arriba, a la derecha, abajo. Espejear de las peñas húmedas; gotear de los parabrisas. Luz caliginosa que hace del claxon la sirena de la montaña. Curvas; árboles arrebujados; abismos de nubes. Rueda el autocar sobre el orbe del silencio. Emoción. Claxon. Frío.

Rodar lento; rodar suave; rodar rápido. Semiclaridad. Vagas formas de gente y ganado montañoso entre la niebla verde azulada del bosque. Claridad; descenso; barruntos de sol. Claro paisaje de la otra vertiente del Pirineo. Caricia de cielo y de luz. Las pendientes caen, se tuercen, se suceden, cortadas a trechos por las sombras de los montes. Correr desenfrenado en que el sol y los árboles del camino apagan y encienden intermitentemente el autocar. Atrás y hacia arriba, el penacho de nubes.

Olagüe: fuente; saludos de chiquillos; casas hoscas. Trillar de las mies en las eras. Encinares; pinedas. En la cañada, el arroyo al pie de los chopos. Sinfonía de la velocidad con el verde y el azul, con el cielo y el sol, con la curva y la recta, con el plano y el volumen, con la luz y la sombra, con lo brillante y lo opaco. Hipócrita majestad del vuelo del águila, voraz y hambrienta.

Montañas desnudas: descanso de los ojos en la profunda nobleza de lo árido, en el misticismo de lo descarnado. Villaba: aserraderos, quintas, escuelas, tranvías. A lo lejos, contra la montaña azul, el panorama, ocre, rojo y blanco, de Pamplona. El valle se extiende frente a la ciudad y hace circo montañoso.

Torres que recuerdan las de la Catedral de México. Pamplona: plaza; kiosco; acacias; soportales. Descanso. Mediodía. Restaurante.

Asiento, ahora familiar, que los rayos solares han calentado al rojo. Laxitud. Nuevo entrenarse. Arranca el auto y lo ciudadano desfila ante los ojos con valor meramente episódico: en el amplio panorama hijo de la velocidad, la Catedral, las calles, las plazas conjugan un verbo minúsculo junto al de las imágenes de valles y montañas.

**Carretera rumbo a Francia.** Paisaje árido, con hilillos de agua que irán al Ebro. Campesinos y campesinas, sentados sobre el lomo de sus mulas, van y vienen por la carretera al ritmo de los dos cuévanos cárdenos y colgantes. Trilla en todas las eras: hombres, mujeres y chiquillos voltean la paja, avientan el grano. Tono amarillento del paisaje. Perfiles preciosos contra el azul acero del aire. Caseríos amarillos del color de la tierra. En la calle única de los pueblos, el sonar del claxon. Íntegra, la familia se empapa en el sentimiento del terruño: el niño con la horquilla, la madre en la trilladora, el padre con la yunta; la moza, puesta a la ventana, rompe su contemplación del campo y dice "Adios".

Zumbar de aserradero. Perfume dulce de la madera puesta en grandes pilas geométricas. Cuestas empinadas que anuncian el puerto. Claxon. Serpear de la blanca cinta de la carretera. Hacia atrás, los ámbitos de la montaña crecen, se hinchan, retumban. Las sombras de las nubes ahondan y multiplican las gargantas. Agorreta: trazo de eses, de etcéteras, de interrogaciones en el subir jadeante del autocar. Descenso breve; explosiones fáciles del motor; viento frío.

Flor morada del cardo; flor azul del romero; flor verdosa de la ortiga. Empinarse de las cuestas en el corazón del paisaje dulce; tierno verdor de las siembras en el seno de las curvas; fondo azul. Las nubes lejanas se desgarran en las cimas y nielan, con su sombra, las laderas. Aurriberri. Macicez negruzca del campanario; techumbres enhiestas de tejamanil. Viraje brusco. Desde arriba, el paisaje del lado opuesto: encinas, robles, hayas, avellanos.

Largo correr plano y rectilíneo. Acacias con racimos encarnados, acacias con racimos amarillentos. Auritz: caseríos claros, balconcitos con tiestos de flores, serenidad montañosa desprendida del bosque inmediato. Robledal. Claro. Cima. Inminencia de las perspectivas grandiosas. Montañas; nubes; garganta magnífica; torrenteras que confluyen. La luz morada del atardecer; luz azul; luz violeta; luz negra. En el cielo de tempestad, orlarse de los nubarrones negros en oro y plata. Elocuencia secular del profundo abismo del valle. Estar de siglos. Sombras de desastre. Magnitudes de epopeyas. La verdad literaria es la suprema verdad: Roncesvalles.

Saint-Jean-Pied-de-Port, agosto de 1927.

## La magia del Ajusco\*

Habían caminado, inatentos a su marcha, desde la últimas casas de la Colonia del Valle hasta los terrenos llanos que bordean el río de la Piedad. El *Cadillac* dió entre tanto un sinnúmero de rodeos y vino a situarse, en espera, al extremo de la última calle transitable.

Ahora Aguirre llevaba a Rosario cogida por el brazo. Ahora las nubes cubrían el sol con frecuencia y mudaban, a intervalos, la luz en sombra y la sombra en luz. La tarde, aún moza, envejecía a destiempo, renunciaba a su brillo, se refugiaba tras el atavío de los medios tonos y los matices.

Con el contacto de su desnudez, el brazo de Rosario estimulaba en Aguirre el cinismo mujeriego. El ministro preguntó de improviso, imprimiendo a sus palabras naturalidad fingida:

—¿Por qué no se decide usted a ser mi novia de una manera franca y valerosa?

—¡Qué desfachatez! ¿Y tiene usted el descaro de preguntármelo?

—¿Descaro ¿por qué? No hay que exagerar: nuevas leyes, nuevas costumbres. ¡Supondrá usted que para algo trajimos el divorcio los hombres de la Revolución!

—¡Ah, claro! No lo dudo. Pero no para que ustedes, los revolucionarios, tengan a un tiempo novias y mujeres.

Estas palabras, dichas por ella en tono casi colérico, estuvieron a punto de dejarle huellas en la mirada y en el gesto. Pero la contrariedad duró poco. Segundos después la actitud de Rosario, subrayándose por contraste, demostraba que la verdad era una sola: que ella abandonaba el brazo desnudo a la mano él, y que él, más que sujetárselo, se lo acariciaba.

—Tiene usted razón —concluyó Aguirre, seguro de que se entendería el doble sentido de su frase—: mientras seamos amigos de este modo delicioso, el ser novios ¿qué añadiría?

Rosario fingió no oír y habló de otra cosa.

\* En *La sombra del caudillo* (1929).

Las palabras de ambos, siempre en torno de un tema único, se desviaban a cada paso para volver a poco, con el refuerzo del nuevo sesgo, al solo punto que les interesaba. En esto era maestro él, y más que él, ella. También gustaba Rosario de ausentarse espiritualmente, o de fingir ausencias, para dejar así cerca de Aguirre, más libre e imperiosa, la realidad de su cuerpo.

Para simular esa tarde lejanías de espíritu, su gran recurso fué el espectáculo de las montañas. La enorme mole del Ajusco se alzaba frente a ella, en el fondo del valle, a grande altura por sobre los arbolados y caseríos distantes. Mientras hablaba Aguirre, miraba Rosario a lo lejos... Estaba el Ajusco coronado de nubarrones tempestuosos y envuelto en sombras violáceas, en sombras hoscas que desde allá teñían de noche con tono irreal, la región clara donde Rosario y Aguirre se encontraban. Y durante los ratos, más y más largos, en que cubría el sol, la divinidad tormentosa de la montaña señoreaba íntegro el paisaje: se deslustraba el cielo, se entenebreían el fondo del valle y su cerco, y las nubes, poco antes de blancura de nieve, iban apagándose en opacidades sombrías.

Hubo un largo espacio en que Rosario, silenciosa, no apartó los ojos de la montaña distante. Aguirre quiso imitarla, calló también; pero, nada contemplativo, casi en seguido volvió a hablar.

—¿Qué tendrá —dijo— el Ajusco, que no se cansa usted nunca de mirarlo?

Rosario no dejó de ver hacia la montaña, y respondió:

—Lo miro porque me gusta.

—¡Bonito modo de contestar! Que le gusta a usted lo supongo. Pero ¿por qué le gusta tanto?

—Porque sí.

—Razón de mujer.

—¿Y no soy yo mujer? Pues por eso, ni más ni menos, es por lo que me gusta el Ajusco: porque soy mujer.

—¿Más que los dos volcanes?

—Más.

—No lo creo.

—Porque usted es hombre.

—Nada tiene que ver eso. ¿Cómo ha de preferir usted ese monte negro y tosco a la hermosura luminosa de los dos volcanes? Y si no, mirelos y compare.

Rosario sonrió con aire conmisericordioso. Dijo poco a poco:

—A usted, señor general, le gustan los volcanes porque tienen alma y vestidura de mujer. A mí no. A mí me gusta el Ajusco, y me gusta por la razón contraria: porque es, de todas las cosas que conozco, la más varonil.

—¿De todas?

—De todas.

—¿Sin excepción ninguna?

—Ninguna.

—Es decir, que para usted el Ajusco es más varonil que yo.

La petulancia de Aguirre fué sonriente; la desaprobación de Rosario, ruidosa:

—¡Huy, qué presuntuoso!... ¡Compararse con el Ajusco!

Y luego, desafiante, añadió:

—Si usted fuera el Ajusco...

Pero dejó la frase inconclusa. Adivinándola, Aguirre devolvió las palabras a modo de instancia para que terminara ella el pensamiento:

—Si yo fuera el Ajusco...

Rosario se recobró a tiempo:

—No —murmuró—, nada. No sé qué iba a decir.

Aguirre le habló entonces al oído. Rosario escuchó palabras que a la vez se oían y se sentían, que eran sonoras y cálidas: que le rozaban el pabellón de la oreja con doble realidad. Sintió estremecerse el corazón de modo extraño; sintió que el rostro se le encendía, y queriendo oponerse a que la otra mano de Aguirre viniera también —comentario de la palabra— a acariciarle el brazo, no se explicó por qué era mayor en ella la voluntad de consentirlo. La visión del Ajusco, grave y varonil, se fundió en su conciencia, por un momento, con la áspera sensación que le produjo en la frente la tela que cubría el hombro de su amigo.

¿Pasaron dos minutos? ¿Pasó una hora? En pie los dos en medio de la llanura habían vivido ajenos al ritmo del tiempo externo.

Un relámpago, y luego un trueno, volvieron de súbito a Rosario a la realidad de la tarde y del aire libre. Dos gotas, duras como piedras, le golpearon la cara. Arriba el espíritu invisible del Ajusco, lanzando por sobre ella y por sobre todo el valle los torbellinos de su enorme penacho negro, lo teñía todo con sus tintas tempestuosas. Los cúmulos blancos del comienzo de la tarde eran ya una sola nube morada, plumiza, cuyas volutas se desenrollaban hacia la tierra en cortinas espesas, casi negras. A las dos gotas habían seguido inmediatamente otras dos, otras tres, y después de éstas otras innumerables. El agua acaparaba de pronto la esencia de todas las cosas; desaparecía el valle bajo la catarata.

Maquinalmente, Aguirre y Rosario echaron a correr hacia el automóvil. Pero como éste se encontraba lejos, era seguro que llegarían allá empapados; la lluvia parecía estirar la distancia a medida que corrían. Para defenderse un poco, Rosario abrió su sombrilla: de roja que era, la tela se tornó guinda; el agua la pasaba tamizada en nube.

Aguirre no parecía ocuparse mucho de si se mojaba o no. Corría riendo al lado de su amiga y mientras su actividad interior se precipitaba por tres cauces: el de la novedad de una sensación —el agua colándose entre su mano y el brazo desnudo de Rosario—, el de un deseo vehemente —que el aguacero arriera a medida que el coche se veía más cerca— y el de un empeño físico agradable e inmediato —ayudarla a ella a saltar sobre los charcos, para lo cual tenía que cogerla a veces por la cintura y levantarla en peso.

Llegaron al *Cadillac*, radiador entonces de polvo líquido; la lluvia torrencial, al romperse contra el techo y los flancos, se pulverizaba. El ayudante del chofer había venido a abrir la portezuela y se mantenía allí, pese al chubasco, con la gorra en la mano. Rosario vió fugazmente cómo le escurrían arroyos diminutos a ambos lados de la nariz.

—Yo cerraré la sombrilla —dijo Aguirre—; suba usted.

Y unió al acento perentorio —mientras cogía la sombrilla con la otra mano— el empuje de su brazo.

Rosario quiso resistir, aunque débilmente. Al choque de la lluvia sus potencias interiores se habían desconcertado como desconcierta un golpe, como desconcierta el mareo.

—No —dijo apenas—, no subo.

Aguirre se inclinó hacia ella:

—Sí, suba usted— le susurró al oído—; le doy mi palabra de honor de que nada sucederá.

Y alzándola casi, la hizo pasar por la portezuela.

Dentro del pequeño recinto del auto Rosario tuvo la sensación de que Aguirre era, físicamente, un hombre mucho más grande que cuanto hasta allí le pareciera. Ella, en cambio se sintió chiquita, mínima. Enfrente, del otro lado del cristal, se veían, inmóviles, el chofer y su ayudante: rígidas, se erguían las dos espaldas, las dos cabezas.

Aguirre observó la mirada de Rosario, y creyendo leer en ella, se inclinó hacia el cristal fronterero para tirar de la cortinilla. Lo hizo como por mero movimiento reflejo, pues pensaba en otra cosa. Tenía aún en las orejas el vocablo "honor", que acababa de pronunciar sin saber cómo; y el recuerdo de la palabra dicha así empezaba a producirle un malestar profundo. Por un instante estuvo a punto de creer que no la había dicho, o que, si la había dicho, Rosario no la había oído.

Dejó transcurrir varios minutos en silencio: embarazoso silencio. Luego, aunque sin mirar a su amiga, observó:

—No durará mucho el chubasco; entonces podrá usted bajar.

Ella se alisaba el cabello y veía con insistencia hacia afuera. El aguacero caía más tupido cada vez; bajo la sombra de las cortinas de agua parecía estar anocheciendo.

Pasado un rato, Rosario también habló:

—No; no quiero que esperemos en este lugar.

Aguirre dió orden para que el auto anduviese, y como si una cosa y otra fueran inseparables, procedió a correr las demás cortinillas.

Los envolvió la penumbra.

—Si le parece a usted —dijo Aguirre— que estamos demasiado a oscuras, encenderé la luz.

—No, no. Así estamos bien.

El brazo de ella y la mano de él se rozaron.

—¡Qué horror! —exclamó él—. Está usted helándose.

Tras lo cual tomó su gabán, que estaba en el asiento, y se lo puso a Rosario sobre los hombros.

—Gracias —dijo ella.

—¿Se siente usted mejor así?

—Sí; bastante mejor.

El auto rodaba suavemente. Y aquel manso rodar al abrigo de los chorros de agua que golpeaban contra la boca y los cristales del coche venía a ser una especie de elemento sedante en el trastorno interior que Rosario sentía. Pasaron varios minutos. El principio tranquilizador aumentaba al roce del gabán de Aguirre —un roce cálido, que crujía, que emanaba perfume de hombre.

Aguirre conservaba el brazo derecho relativamente seco: era el que había recibido la protección de la sombrilla. Lo pasó, con naturalidad, por detrás de la nuca de Rosario para subir, de la otra parte, el cuello del gabán. Más hecho esto, permaneció con el brazo así. Luego le pareció que el gabán no cerraba bien por delante: para ajustarlo llevó allí la otra mano; y entonces, como si le acometiese de pronto un impulso que no naciera de él mismo, aunque le era del todo familiar, cogió la cabeza de Rosario por debajo de la barba, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. En el beso hubo humedad de lluvia y de juventud.

El reproche de Rosario sonó débil, bajísimo.

—¡Y me dió usted su palabra de honor!

A lo que replicó Aguirre aún más bajo:

—Y se la doy a usted todavía. Si me lo manda, me bajo del coche inmediatamente.

Rosario se había quedado con la cabeza reclinada sobre el pecho atlético de su amigo... “¿Mandar ella...?” Prefirió seguir con la cabeza reclinada así, como la tenía.